

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Catedral, fiesta de Santa Marta de Astorga, 21 de agosto de 2016

Los Medios de comunicación social han difundido esta semana dos imágenes que han impactado en nuestras mentes y en nuestro corazón. La primera de las imágenes a las que me refiero es la del niño sirio, Omran de la ciudad de Alepo, lleno de polvo, ensangrentado y mudo, con la mirada perdida y sin saber qué hacer, sentado en el asiento de una ambulancia. La segunda es la de las dos atletas olímpicas que, después de tropezar y caer al suelo, mutuamente se ayudan para entrar en la meta. Dos imágenes que expresan la realidad del mundo y que nos ayudan a profundizar en el sentido de las cosas que pasan.

La imagen del niño Omran nos recuerda que el odio, la injusticia y la violencia están ahí, delante de nosotros y en cualquier momento pueden sacudirnos. La violencia es una eterna espada que pende sobre nuestras cabezas. En cualquier momento puede alcanzarnos a nosotros o a los nuestros en las múltiples formas en la que se manifiesta: guerras, terrorismos, asesinatos. Este hecho pone de manifiesto, una vez más, la cultura de la muerte que promueven los poderosos de este mundo para defender su *status* y su posición económica. Esta cultura que es como una espiral que nos envuelve a todos y nos puede llevar, si no ponemos freno, a la destrucción, al miedo, a la desconfianza y a la muerte.

El niño Omran nos echa en cara a todos nosotros lo poco que estamos haciendo por parar una guerra sin sentido, llena de oscuros intereses enmascarados en cuestiones religiosas que repetidas veces ha denunciado el Papa Francisco. La mirada perdida del niño sirio es como un grito sin palabras que pide ayuda para él y para tantos niños, ancianos y enfermos que están en peligro de muerte cada día a los que nadie escucha. Sólo algunas organizaciones humanitarias y las iglesias hacen lo que pueden y lo que les dejan para que esa mirada perdida de los niños se convierta en sonrisa. Hace pocos meses, el obispo de Alepo nos invitaba a participar con las comunidades cristianas de Siria, católicas y ortodoxas, a participar en una especial oración por la paz, que tendría como protagonistas precisamente a los niños. En esta jornada especial, los niños sirios invitaban a los niños de todo el mundo a unirse a ellos en la oración. ¿Qué hemos hecho? Nada. Ni siquiera nos hemos enterado. Este hecho es una muestra de nuestro alejamiento y de nuestro desentendimiento con el drama de estos hermanos que sufren persecución a causa de su fe.

La imagen del niño Omran denuncia nuestra falta de sensibilidad e interés por ellos. Nosotros los europeos podemos y debemos hacer más, podemos y debemos comprometernos más con la paz y con la justicia. Nuestros gobiernos, celosos del derecho

de defensa, dilatan en el tiempo la solución de la paz y la acogida de los refugiados inocentes e indefensos. Es necesario que la sociedad presione para que se acelere el ritmo si realmente aún nos queda algo de dignidad y de compromiso solidario.

La imagen de las dos atletas, la neozelandesa Nikki Hamblin y la estadounidense Abbey D'Agostino son la otra cara de la realidad de este mundo en el que vivimos. Ellas representan lo mejor que el espíritu humano posee: el amor, la compasión, la solidaridad, la ayuda mutua. Si hermoso fue el gesto de Abbey D'Agostino agarrando del brazo a su compañera y diciéndole: "Levántate, tenemos que terminar"; aún fueron más hermosas sus declaraciones en las que explica el porqué de su actuación: "Aunque mis acciones fueron instintivas en aquel momento, la única forma que puedo explicarlo racionalmente es que Dios preparó mi corazón para responder así... Durante todo este tiempo aquí, Él me dejó claro que esta experiencia en Río iba a ser para mí algo más que mi rendimiento en la carrera; y en el momento que Nikki se puso de pie, supe que se trataba de eso".

¡He aquí la verdadera humanidad! la que debemos construir entre todos, la que debemos cultivar en la educación de los niños y de los jóvenes, la que triunfará sobre el mal porque sabemos que el amor es más fuerte que la muerte. Nos produce una enorme satisfacción que haya jóvenes tan creyentes y tan sensibles a la práctica del verdadero amor como Jesús nos enseñó en la parábola del buen samaritano. El amor de verdad no es sólo sentimiento o una corazonada que pasa. Como dice Abbey D'Agostino es algo que el Señor prepara en nuestro corazón desde toda la eternidad por medio de su gracia para que podamos amar a los demás como él mismo los ama. Es el amor del que nos habla san Pablo en la Carta a los Corintos: paciente, servicial, constante... el amor que no pasa nunca. El amor a uno mismo nos motiva para entrar solos en la meta de la vida; el amor cristiano, es decir, la caridad, nos impulsa para entrar al lado de los más desfavorecidos en la meta de la vida eterna. Ya decían los Santos Padres que los pobres a los que socorremos aquí en la tierra nos recibirán a las puertas del cielo.

La salvación del hombre y del mundo, por tanto, consiste en el amor. No un amor humano sino divino. Un amor que es misericordia y perdón, entrega y sacrificio por los demás. Para conseguir este amor es necesario experimentar el amor de Dios en nuestra vida y confiar en él. Sólo así podremos amar al prójimo constantemente, sin falta. Esto nos exige "entrar por la puerta estrecha" del sacrificio y de la renuncia a nuestros caprichos y egoísmos como nos dice el Señor hoy en el evangelio. Este amor nos apremia para no encontrar la puerta cerrada cuando lleguemos a la meta. El verdadero amor al prójimo nos saca de la indiferencia, de la comodidad y del tedio en el que nos sume cada día esta sociedad tan sofisticada en tecnológico y material y tan decadente y descompuesta en los valores espirituales.

Las fiestas de Santa Marta que nuestra ciudad de Astorga está celebrando estos días en honor de santa Marta son una buena ocasión para acercarnos a Dios y a los demás. La verdadera fiesta nace de la alegría de la fe y de la práctica del amor fraterno. No es un programa lleno de actos lúdicos y divertidos los que hacen feliz al hombre sino la alegría que nace del buen corazón. Los cristianos podemos aportar a las fiestas la sana alegría que surge del amor compartido en la familia, con los vecinos, con los pobres, con Dios. Nuestros mayores nos enseñaron que el centro de la fiesta es la celebración de la eucaristía en honor del santo patrono. Querían decirnos que la raíz de la fiesta está en el amor de Cristo que se entrega por nosotros y nos sienta a su mesa, la mesa del Reino de Dios donde todos somos hermanos. No despreciemos este amor salvador que el Señor nos ofrece hoy en la mesa de este altar como primicia de la fiesta que no tendrá fin. Renovemos nuestra vida cristiana a la luz de la fe y del amor y pongamos de nuestra parte

todo lo necesario para contribuir a la convivencia pacífica entre todos los hombres, al progreso humano de los pueblos y a llevar la alegría al corazón de aquellos que sufren por cualquier causa.